

MF 3764 · OANON

En más de una ocasión, y desde hace ya un buen tiempo, me he preguntado cuál es realmente el papel que corresponde a quien presenta un libro. Asumir -casi usurpar- el papel del crítico, y ofrecer a los asistentes al acto una especie de evaluación literaria?

Parce un poco absurdo; si el presentador hace el elogio de la obra presentada, no faltaría algún malicioso que gruña: "Claro, a qué iba a venir, si no". Como diciendo: "Para eso lo pagarán". Más absurdo, quizás, sería si en su análisis el presentador se atreviera a comentar defectos, porque entonces no faltaría el amago del autor que protestaría: "Por la..., lo invitan a participar y se tira en contra".

No teorizo ni invento estos ejemplos. Me ha tocado presenciarlos, y puedo asegurar que me penan cada vez que me dispongo a ejercer funciones de presentador.

No, no caben ni la alabanza ni el reproche.

Menos lugar hay, quizás, para intentar una síntesis de la obra. Supongo que si el tal presentador "cuenta el libro", se sitúa más o menos en el papel del clásico acomodador de teatro que se venga del espectador que no le dio propina revelándole quién asesinó a lord Bramblebourne en la película *Adezmás*, a estas alturas, creer que el argumento es la obra requiere una ignorancia de alcance francamente enciclopédico.

Esto describe, en cierta forma, el lío en que acabo de meterme.

Tratando de encontrar una salida aquí, frente al

computador, me pregunto: ¿Por qué presentar un libro a un grupo de presuntos lectores va a ser distinto de presentar una persona a otra?

Cuando uno le presenta alguien a alguien, no se siente obligado a ilustrar a ninguno de esos dos alguien sobre el carácter, los vicios o virtudes, y menos los secretos que le sepa a cada cual.

Dicimos casi siempre: "Ustedes se conocen"? O bien: "Te presento a Fulano". De ahí en adelante, que se las arreglen ellos. Rara vez ampliamos estas frases u otras de similar parquedad, agregando por ejemplo: "Fulano, mi profesor de esgrima". O, ya en un rasgo desatado de soltura: "Este es López, el que pintaba monos en sus cuadernos".

Por ahí pienso irme.

Este es José-Christian Pérez, que escribe en verso y prosa. Lo conoci hace muchos años -ya no recuerdo cuántos- en un taller literario, y he vuelto a encontrarme con él muchas veces en la vida. En la mía y en la de él. Durante uno de nuestros encuentros más recientes me habló de que iba a aparecer una novela suya. Sacar una novela en Chile son palabras mayores. Pertenece a menudo al orden de las proezas, si no al de los

milagros.

Pero el libro de José-Christian Pérez sí se publicó. Y más: no sé si se publicó dentro del plazo que me dijo o muy cerca. En Chile -tierra de la puntualidad diferida- ambas cosas vienen a ser sinónimas. Salió, pues, puntualmente.

Se llamó "666 hijos de la ceguera". Novela. Y más que novela, búsquedad. Muy al comienzo, en la primera página del primer capítulo, John Spencer, el protagonista, se hace una reflexión sintomática, que bien pudo servir de epígrafe a

sus propias y descabelladas peripecias: "... estoy demasiado lejos como para que aquello sea el reflejo de mi propio sueño".

José-Christian Pérez se lanza en algo que yo no sabría si clasificar como relato de ciencia-ficción, de intriga, de crítica social, futurista o de intención paródica... O, por supuesto, las cinco cosas juntas y quizás otra más. Afortunadamente no me corresponde discernir. Ni serviría. Tampoco creo en etiquetas.

(Aún no me repongo de la impresión que me causó tiempo atrás escuchar, en calidad de elogio, que una obra equis pertenecía al género novela negra. O sea,

según el que hablaba, esa novela era buena por ser negra. Me da tiritones este racismo literario al revés).

No, yo no me atrevería a acusar a José-Christian Pérez de querer escribir una novela de tal o cual indole por el puro gusto de escribir una novela de tal o cual indole. Más bien me lo imagino, aquí, mirando una tarjeta de crédito, sabiendo con qué fuerza se promueve hoy su uso entre nosotros.

Y empezando con ese peligroso ejercicio que consiste en soñar, podemos preguntarnos: ¿Qué pasaría

si en un país como el nuestro funcionaran ciertos poderes secretos y satánicos? ¿Qué pasaría si alguien descubriera el hilo de la intriga y...? ¿Qué pasaría si un hombre joven y una mujer joven...?

¿Qué pasaría si...? es frase clave en esta creación literaria. Es punto de partida, es sésamo abrelote. Y también séasmo ciérnate, enaválvete en misterio, que invita, incita, atrae e intriga. El ¿qué pasaría si...? de José-Christian Pérez se desencadena a partir de situaciones reales y actuales: el consumismo como forma no muy sutil de esclavitud; la presencia, dentro del mundo contemporáneo, de poderes no sólo inhumanos en su índole sino además y a la vez sobrehumanos en su fuerza; el sopor subrepticio del mal; la ambición de dominio, la entrega involuntaria a sus manejos...

Por cierto, el número apocalíptico con que el autor titula su relato no es simple cuestión de azar. Casi desde el comienzo hay cierta tensión de apocalipsis en las páginas de "666 hijos de la ceguera". La siente primero John Spencer. Logra comunicarla a Diana, a Elisa...

Pero aquí tengo que parar. No estoy dispuesto a hacer el papel de acomodador malpropinado. De modo que, recurriendo a nuestro ya consagrado sistema de presentaciones, me paro frente a ustedes y les digo: "Este es José-Christian Pérez. ¿Se conocen?"

Palabras de presentación en la Tercera Feria de las Literaturas Emergentes.



Tensión apocalíptica en una novela [artículo] Guillermo Blanco.

Libros y documentos

AUTORÍA

Blanco, Guillermo, 1926-2010

FECHA DE PUBLICACIÓN

1999

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Tensión apocalíptica en una novela [artículo] Guillermo Blanco.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

[Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile](#)